



La
PRIMERA REINA
TOLTECA

Sandra Sabanero

Nuestros viejos abuelos cuentan que el dios creador sabía descifrar los mensajes del cielo y leer con anticipación en los astros lo que iba a suceder en la tierra...

La primera reina tolteca es una novela intensa donde se narra el sentir de Xiuhtlaltzin, alguien que no teme ser como es y que se muestra auténtica, plena, majestuosa.

Esta historia cuenta la grandeza de Tollan, un pueblo sorprendente, y cómo Xiuhtlaltzin descubre que lo importante no es entender el mundo exterior, sino también el interior, donde los dioses se manifiestan iluminándola para que aprenda día a día el valor de las personas y, sobre todo, el lugar que ocupa como mujer tolteca.

La nobleza es un tesoro que se lleva por dentro y no se ostenta con presunción como una piedra de jade o una capa de plumas preciosas, por eso Mitl, el gran soberano tolteca, descubre en Xiuhtlaltzin el amor, y juntos encumbrarán a una nación destinada a la luna y al sol.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 01

TOLLAN, VALLE DEL ANÁHUAC, 1069 d. C.

—SÓLO YOLIHUATL PUEDE SANARLA, ella lo puede todo, es mágica: habla con los espíritus de nuestros antepasados y con los dioses, cura el mal de ojo, el susto, los males del corazón y sabe sanar a los enfermos tan bien como los curanderos del soberano —murmura Ameyal al tiempo de envolverse en su manto y salir en busca de la chamán.

Hace días que Ameyal no duerme tranquila. Su hija, esa niña alegre que en otro tiempo pasaba los días jugando, trepando a los árboles y nadando en el río, se ha convertido en un ser exangüe y afiebrado. Desde la noche que Tollan fue atacado por una tribu desconocida, la pequeña comenzó a debilitarse hasta que una mañana ya no se levantó del lecho, abatida por la fiebre. Ella le dio cuánto remedio conocía, pero el malestar de su hija venía de adentro, del espíritu, y no podía curarse con hierbajos y cocimientos, hasta que llegó el día en que se sumió entre delirios y una mórbida inconsciencia. Entonces ella supo que sólo Yolihuatl podría sanarla.

Cuando la chamán mira a la niña acostada en el petate, tiritando de escalofrío y ardiendo de fiebre, se da cuenta de que el alma se le escurre en chorros de sudor. «El espíritu se le ha salido del cuerpo, pero al amanecer volverá a ella», sentencia con preocupación.

El ritual empieza al caer el crepúsculo. La penumbra, donde los espíritus de sus antepasados se mueven, le ayudará a encontrarlo en el otro lado del mundo. Yolihuatl apura el contenido de una botella de calabaza y pone a quemar bolitas de incienso en un brasero. A la luz de las lla-

mas, el cuarto flota en un manto de luz y de sombras que paulatinamente se difumina hasta convertirse en una niebla grisácea. En medio del vaho humeante y el influjo de la bebida mágica, la curandera entona cantos sagrados a los espíritus de la tierra, volteándose hacia los cuatro puntos cardinales. Agita los sonajeros: el ritmo va subiendo a la par que gira en un torbellino de sonido, vibración y danza.

Por un instante, parece transformarse en jaguar, águila y lagarto, para recorrer el mundo de arriba, el de abajo y sobre la tierra. Su espíritu se libera del cuerpo, vuela. Penetra en el mundo del trance y de las visiones para comunicarse con los dioses y los espíritus que la instruirán en el modo de sanar a la niña, que le dirán cómo recuperar su espíritu prisionero del delirio, cómo arrancarla de la oscuridad y atraerla hacia la luz.

Xiuhltaltzin se estremece. Oye una voz. Una voz sin boca, sin cabeza, sin cuerpo, volando en el aire. Una voz resonando en el cuarto como el eco en la montaña. Una voz con más fuerza en su aliento que las olas del mar. En el sueño los recuerdos se acercan raudos como un huracán que amenaza con arrasarlo todo, la evocación de una sombra siniestra del cerro. Pero primero fue el mercado, el papel, la tinta, su padre... y un amanecer en su casa a la orilla del río, tan sólo unas cuantas noches atrás...

CAPÍTULO 02

NÍTIDO LE LLEGA EL CANTO del ceniztle, acompasado por el rítmico sonido de las manos de su madre moldeando la masa y el chisporrotear de la leña que arde. Ella está a la entrada de su casa. Se despereza, estirando los brazos. Soñolienta, mira el cielo, los árboles con sus hojas recién lavadas por la lluvia y a las lagartijas con su pulsante cuello tomando el sol sobre las piedras. Toma un puñado de maíz molido de un costal. Numerosos pájaros se le acercan, picotean de su mano, se paran en sus hombros y gorjean como si quisieran contarle un secreto. Ella no entiende su lenguaje. Su canto sí.

Sus ojos tienen sombras por cansancio.

—Tienes ojeras como un mapache —le dice Gota de Rocío al verla.

—Anoche apenas logré dormir, cuando el toque de los caracoles marinos anunció el nuevo día —responde y de pronto recuerda que había soñado algo. ¿Qué era? Lo ha olvidado.

—Vamos a meternos al agua, así se te quitará la pereza.

—No tengo ganas.

—Entonces los perderás —dice Gota de Rocío al tiempo que toma del suelo los huaraches de su hermana—. A que no me alcanzas —la desafía antes de correr en dirección al río.

Xiuhltaltzin persigue a su hermana en vano. Ninguna joven en Tollan corre tan rápido como Gota de Rocío y arroja los huaraches al río cuando llega a la orilla. Casi al mismo tiempo Xiuhltaltzin se zambulle en las aguas, atrapa el calzado, da un resoplido al salir a la superficie y los levanta triunfante.

—¡Los tengo! —exclama sonriendo. Los tira hacia la orilla mostrando el brío de sus palabras y enseguida vuelve a

hundirse en el agua.

Las hermanas hablan largo rato, ríen, nadan como peces por debajo del agua y se dejan llevar por su vaivén.

—No entiendo como estás llena de vigor, si tú tampoco dormiste mucho. Te vi volver en la madrugada. ¿Dónde estabas? Cuéntamelo.

—Sí, pero no se lo digas a nadie —responde Gota de Rocío.

—Lo prometo por nuestros dioses.

—Me encontré con un guerrero en la cueva del cerro.

—¿Para qué?

—Me quiere, me besó, me abrazó y todo lo demás...

—¿Qué más?

—Tú sabes.

—No.

—Metió las manos bajo mi *cueitl*^[1] y me tocó el cuerpo.

—¿Qué sentiste?

—Que estaba en el paraíso...

La voz de su madre interrumpe la conversación.

—Vengan a tomar atole porque después nos vamos al tianguis.

El sol brilla en las aguas del río, cuando ellas y sus padres llegan al mercado. Frente al puesto donde exhiben pájaros exóticos y perros pelones, se dividen en dos grupos y quedan de encontrarse en ese lugar al mediodía.

Es día de descanso. Hay tanta gente en los pasillos como pelos tiene un conejo. Mujeres y hombres envueltos en vistosos ropajes y adornados con joyas de oro y piedras preciosas, señalan a sus criados o esclavos la mercancía que quieren comprar. Algunos los maltratan de palabra y con algún puntapié, por añadidura. También deambulan entre los puestos personas sencillas, limosneros y cargadores. No faltan los inspectores y los vigilantes encargados de evitar abusos y robos.

Las vendedoras, envueltas en túnicas y *huipiles*^[2] bordados, gritan y agitan los brazos cubiertos de brazaletes, invitando a los pasantes a probar su mercancía expuesta sobre lienzos.

—Papayas rojas de Chiapán, una lejana tierra del sur. Pruébelas —dice una vendedora, dirigiéndose a Gota de Rocío y a su madre mientras les ofrece una rebanada de fruta.

Ellas se deleitan con el efluvio aromático, la textura jugosa y la dulzura de la fruta. Huelen las vainas de vainilla y tocan todo para comprobar la calidad de la mercancía antes de llevarla. En un puesto, Ameyal discute jovialmente con el vendedor sobre la frescura de la carne de armadillo.

—La carne es tan fresca como una flor cortada al amanecer, porque los armadillos fueron sacrificados hoy en la mañana.

—¿El pescado también lo sacó del mar esta mañana? —pregunta Ameyal maliciosa.

—Eso no se puede, señora, pues lo traemos desde el Mar del Este y eso queda a muchos días de camino de aquí. Por eso lo salamos.

Ameyal elige varios pedazos de carne y pregunta por su valor. Sabe que a menudo el precio es una cuestión de suerte y de la habilidad para regatear. A su lado, Gota de Rocío juega con su pelo, esperando con mal disimulada impaciencia. Quiere ir a los puestos donde ofrecen resina aromática para hacer perfumes. No le queda otra que aguantarse porque sabe que su madre aún necesita abastecerse de insectos para teñir la ropa, una escoba y un metate de piedra.

Mientras tanto, Xiuhtlaltzin y su padre Izel caminan y vadean entre los forjadores de oro y plata, los que trabajan las plumas, las piedras preciosas y los utensilios de cobre y de obsidiana, el cuero y donde se ofrecen esclavos. Sor-tean a los cargadores que se abren paso entre el gentío,

abrumados por la carga y oliendo a cebolla o a sudor. Saludan de vez en cuando a algún conocido.

Se detienen en un puesto. Papel corteza. Tinta.

Izel toma una hoja entre los dedos para comprobar su suavidad. El vendedor le ofrece una espina de maguey mojada con tinta para que compruebe la calidad de ambas, cosa que él hace en seguida.

—Quetzalcóatl, el dios mitad pájaro, mitad serpiente, inventó la tinta roja y la negra. Aparte de ser nuestro dios, fue nuestro primer emperador —explica Izel a su hija.

—¿Quién es más fuerte, Él o el dios Tezcatlipoca?

—Los dos son lo mismo.

—¿Cómo?, si uno es bueno y el otro malo.

—Porque todas las cosas tienen su contrario: el blanco, el negro; la luz, la oscuridad; el agua, el fuego. Asimismo, el Ser Supremo tiene dos caras: por un lado crea el mundo y por otro lo destruye.

»Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, es el dios creador. Simboliza el conocimiento, la cultura, la castidad y la bondad. Él sólo pedía sacrificios de aves, víboras y mariposas. Durante su reinado, convirtió a Tollan en lo que es: una ciudad de orden, poderío y gloria. Enseñó a nuestros viejos abuelos a sembrar de un modo en que la tierra diera abundantes frutos. También a recoger el oro de los ríos y a separarlo de la arena, a pulir piedras hasta hacerlas refulgir, a ser maestros artesanos de la madera y el barro.

»Durante su gobierno no hubo carencia. Tampoco tristeza. Por órdenes suyas se repartía el grano entre la gente de acuerdo a sus necesidades y merecimiento. Lo más importante es que los enseñó a dialogar con su corazón. Así fue como nos mudó en hombres civilizados; tolteca significa *sabio y artista*.

»Por eso todo el pueblo lo ama y venera, aún ahora que ya no está entre nosotros».

—Si todos lo querían tanto, ¿por qué se fue?

»El dios destructor provocó su marcha. Tezcatlipoca, Espejo Humeante, es patrono de la guerra, de los sacrificios humanos, de la oscuridad; puede estar en varias partes al mismo tiempo y entrar en el cielo, en la tierra y en el mundo de los muertos. Un día, a través de su espejo de obsidiana, se dio cuenta de la adoración que el pueblo prodigaba al dios creador y decidió desprestigiarlo. Para esto, descendió del cielo valiéndose de una tela de araña. Una vez en la tierra, disfrazado de anciano, le ofreció una bebida, asegurándole que era mágica y le daría inmortalidad. Quetzalcóatl bebió y perdió la castidad con una princesa. Cuando despertó reconoció su falta, hecha bajo el influjo de una bebida embriagante, y abandonó Tollan. Antes de partir prometió volver.

»Dicen que cuando él dejó la ciudad, en pleno mediodía, poco a poco la penumbra fue venciendo a la luz del sol al tiempo que un manto de sombras iba pintando las calles de negro, las pirámides, todo. Llegó un momento en que el cielo se puso tan renegrido como un fruto podrido. Asustada, la gente se encerró en sus casas y Tollan quedó en silencio. En los corrales, los animales se echaron a dormir contundidos por aquella oscuridad. Casi enseguida el sol se abrió paso iluminando el mundo con su claridad. Los pájaros y los gallos cantaron por segunda vez como si apenas estuviera amaneciendo.

»Mientras tanto, el dios creador siguió su camino y cuando llegó a la costa del Mar del Este, construyó una balsa con la piel de serpientes y navegó hasta el horizonte, donde el sol lo quemó. Pero su corazón permaneció intacto, voló al cielo y se convirtió en Estrella de la Mañana».

—¿Cuándo volverá?

—Él prometió volver en el mismo año en que nació, que es Ce Acatl, Uno Caña. Desde entonces esperamos su regreso en un día del mismo año. Ésto se repite cada cincuenta y dos años, y si para entonces no regresa, se nombra a un nuevo soberano.

Una vez en casa, Xiuhtlaltzin está tan distraída pensando en el relato de su padre, que sin fijarse agrega mucha sal a los frijoles que prepara.

—Este caldo te quedó muy salado, arde la lengua. Debiste probarlo antes de ponerle más sal. Eso te pasa por tener la cabeza entre las nubes y soñar con las estrellas —replica Ameyal, molesta al comer los frijoles.

—Pero no hay ventanas en la cocina, el cielo ni puede verse.

—No necesitas verlo para soñar. Si continúas siendo tan mala cocinera, jamás encontrarás esposo.

—Ni quiero. Prefiero seguir aprendiendo a pintar los signos de la escritura y conocer su significado.

—Ésas son cosas de nobles y de gente ociosa.

—¿Es entonces padre una persona ociosa? —le pregunta a su madre riendo con picardía.

Ameyal la perfora con la mirada, y agitando el dedo índice de su mano derecha sentencia:

—Tu padre es escribano y tú una irrespetuosa, además de ser una torpe que desconoce sus deberes: mujer significa ser hacendosa, obediente, aprender a bordar, a tejer y a cocinar. Una de las razones por las que un hombre puede pedir la separación es porque una mujer no sabe cocinar.

—¿Y por cuáles otras?

—Eso no viene ahora al caso.

Con la cabeza gacha, Xiuhtlaltzin finge humildad y atiende a la reprimenda. Lo hace para que su madre le permita seguir aprendiendo con su padre la escritura pintada y a recitar poesías.

—Muerdo mi lengua por haber respondido mal, madre.

—Cuando termines de comer vas a recoger leña para el fogón. Nada de traer ramas verdes que hacen humo. Fíjate que estén bien secas.

—Me fijaré.

A su regreso, cuando va a entrar en la casa, ve a su madre. Está frente al fogón y menea una olla. Ella y su padre hablan. Xiuhtlaltzin es curiosa y se detiene a su lado de la ventana a oírlos.

—Me preocupa Xiuhtlaltzin. Debería interesarse por aprender a preparar un caldo con carne, verduras y garbanzos, o a hilar una tela. En lugar de eso, aprende la escritura pintada y a manejar la daga que le diste. Se comporta como niño.

—Da gracias a los dioses porque está sana —replica el padre.

—Lo sé, pero me gustaría que fuera más mujercita. Sus amigos no son niñas sino niños. Trepa a los árboles como ellos. Se pasa los días corriendo por el monte como una cabra y se empeña en mejorar su puntería, en pintar y en recitar. Las niñas no se interesan por esas cosas. Yo no fui así. Tampoco lo es Gota de Rocío.

—No todas son iguales. Hay diferencias.

—La veo cuando está bordando, deja la costura por un lado y se queda callada, mirando al cielo.

—¿Y eso qué tiene que ver?, no te apures mujer.

—No puedo. Algo en ella me preocupa. No parece mi hija. Si no confiara tanto en la partera, diría que en lugar de enterrar su ombligo en un rincón de este hogar, se lo entregó a un guerrero para que él lo hundiera en la tierra de su próximo campo de batalla. El otro día arrojó una flecha a un hombre que trataba mal a sus cabras, y tiró piedras a unos niños porque se rieron de ella. Los que se burlaron de Xiuhtlaltzin tenían razón. Parece gustarle más la compañía de Pequeño Gavilán y de Relámpago que de sus amigas. Juega con ellos a manejar el arco, la flecha y la daga.

Al oír aquello, Xiuhtlaltzin toca el mango de la daga metida en la funda de piel. Su padre se la regaló siete inviernos antes. Unos días atrás la usó contra un coyote que atacó a sus *guajolotes*^[3]. Desde hace varias lunas es capaz de

arrojar la daga con velocidad y tino. Sólo Relámpago es mejor que ella.

Es verdad que a ella le fascina la vida de los guerreros, su valor para pelear en el campo de batalla, sus ropajes. Anhela ir de caza, correr por los campos y sentir el viento de la montaña en la piel. Su vida le parece más emocionante que la de las mujeres, ocupada en recoger leña, cocinar y bordar. También gusta de aprender la escritura. Con seis años dibujó sus primeras letras. Torpes, sencillas. Se las mostró a su padre y orgullosa observó su gesto de admiración.

—Ella honra y obedece a los mayores y los trata con respeto. Ya habrá tiempo para que aprenda los deberes del hogar y cuando se case será como tú.

—No lo creo.

—Deja de preocuparte, mujer. Mejor pon en una canasta las frutas que trajiste del mercado, tortillas, queso, unos chiles y hagamos todos un paseo por el cerro, así olvidarás tus apuraciones —replica el padre.

Gota de Rocío prefiere quedarse en casa a hilar fibra de maguey con su malacate de hueso. Xiuhtlaltzin camina al lado de sus padres. Ama mirar la silueta ondulada del cerro, el pasto que se mueve al compás del viento. También las hendiduras de las rocas, donde corren hilillos de agua que producen musgo y donde, de cuando en cuando, aparece una serpiente que al verlos levanta la cabeza, agita la cola adornada con anillos de colores para enseguida meterse en algún escondrijo.

Suben al cerro. Recorren un sendero entre formaciones rocosas y arbustos sibilantes hasta que de pronto tienen la cima frente a sus ojos. Se sientan a la sombra de un árbol.

Xiuhtlaltzin prende una fogata para asar nopales, unas pencas verdes y espinosas. Sobre la hierba, Ameyal coloca

un manto de algodón, donde dispone platos con tortillas, carne seca, tomates, chiles y aguacates.

Después de aquel festín, se recuestan sobre un manto de algodón y Ameyal se duerme enseguida. La tranquilidad reina en el ambiente. Pero aquella serenidad no domina en los pensamientos de Xiuhtlaltzin, que saltan como chispas en un fogón. Tampoco en sus sentimientos que se agitan llenos de curiosidad, con ese deseo de descubrir el mundo más allá del aprendizaje hogareño.

—Papá, ¿cómo era Tollan cuando el dios creador reinaba?

Izel prepara un *poquíetl* para fumar. Es un tubo hueco y delgado hecho de jade finamente cincelado. Tiene una boquilla en un extremo. En el otro, también abierto, inserta un papel enrollado y relleno con una mixtura picada de hierbas de la planta de *pocíetl*. Sostiene el tubo entre los dedos y se acerca a la fogata. Con un leño ardiente prende la punta, mientras aspira hondo. Luego arroja una voluta de humo por los hoyos de la nariz y comienza a hablar.

—Nuestros viejos abuelos cuentan que el dios creador sabía descifrar los mensajes del cielo, y leer con anticipación en los astros lo que iba a suceder en la tierra —dice Izel mientras chupa su *poquíetl*.

—¿Cómo aprendió Quetzalcóatl esas cosas?

—Él buscaba la respuesta a los misterios del mundo observando el cielo, el sol, la luna y las estrellas. Todo comenzó cuando una vez notó que hay estrellas que brillan más que otras, que forman grupos y cambian de sitio obedeciendo a movimientos ordenados. Entonces hizo construir observatorios en lo alto de los templos para ver mejor los astros y poder hacer predicciones más exactas. Los sacerdotes fueron los elegidos para ocuparse de estudiar los movimientos de las estrellas, las fases de la luna y de averiguar por su conducto qué depararía el porvenir del mundo; cuándo era el mejor tiempo para empezar la siembra, la recolección y el apareo del ganado; cuándo era tiempo de

lluvias, de frío y de calor. Por eso durante su reinado las mazorcas, las frutas y las verduras abundaban y la escasez de alimentos no se conocía. También Él y los sacerdotes sabían que la luna regía el temperamento de los humanos y el ciclo de las mujeres.

—¿Es malo que yo quiera aprender cosas diferentes a las demás niñas como lo que me cuentas?

—No, no es malo. Más bien natural, porque aunque las costumbres impongan que las mujeres deben hacer esto y los hombres aquello, el pensamiento humano es como el cielo: inmenso y abierto. Pero quizá sería mejor que no llegues a saber tanto, pues luego podrías desesperarte haciendo tareas simples sabiendo que hay otras más interesantes; y debes conformarte con ello tarde o temprano.

Izel da la última chupada a su *poquíetl*, quita los residuos quemados del tubo de jade, y pone en uno de los lados un nuevo papel relleno de picadura de *pocíetl*. Con un leño de la fogata le prende fuego, lo succiona y al final saca humo por la nariz.

Prosigue:

—Cuando naciste, tu madre y yo consultamos al conecedor del *Libro tradicional de los nombres* para que nos dijera cuál sería tu destino. De acuerdo a la hora y día de tu nacimiento, él leyó los símbolos de las estrellas y sentenció que tú tendrías un *tonali*^[4] diferente a las demás; un destino propio de hombres. Tu madre y yo no estuvimos complacidos con su pronóstico y de mala gana pagué con granos de cacao sus honorarios.

—A lo mejor dijo la verdad, porque no me gustan las labores de casa. Es aburrido ocupar el tiempo bordando vestidos, moliendo maíz...

—Cuídate de ser arrogante. Nunca debes dejar la humildad a un lado, pues nada es tan importante como los buenos modales.

—Muerdo mi lengua, padre. A veces no me fijo en lo que digo. Hablo porque me gusta hablar.